

la misma suerte en Ptolemaida; cincuenta mil en Alejandría; otros tontos en Babilonia, residuos del antiguo cautiverio. En Jerusalem el gobernador Floro, que mantenía comunicaciones con los bandidos, quiso robar el tesoro del templo, y como se lo estorbaba el pueblo en masa, escogió un día de mercado para saquear y matar indistintamente; luego mandó á los ciudadanos que salieran al encuentro de las legiones romanas procedentes de Cesarea, y en el momento que saludaban los estardantes imperiales se lanzaron los soldados sobre la inerme muchedumbre, é hicieron en ella horrible matanza.

Duplica la desesperación el denuedo de los que sobreviven á tamaño desastre; corren á las armas, salvan el templo, son repelidos los romanos, y Floro se vé reducido á bloqueo dentro de Cesarea. Uniéndose entonces los celosos á los insurgentes, expulsaron á los romanos de todas las fortalezas, quemaron los principales palacios, y pasaron á cuchillo las guarniciones, contravieniendo á la fé de los tratados. No ménos crueles por represalias los de Bethsean (*Scitápolis*) inmolaron á trece mil judíos establecidos en aquel territorio (66). Un tal Simon, á quien inspiró un furor repentino tan horrenda carnicería, degolló por su propia mano á padre, madre, esposa é hijos, y se suicidó en seguida.

Entonces Cestio lleva á Siria un ejército numeroso, y destruyendo á su tránsito ciudades y chozas, mata á cuantos judíos caen en sus manos. Pero desplomándose rabiosos sobre sus tropas las ponen en derrota, y no es poca su ventura de poderse escapar por las gargantas de Bethoron. Al saber esta noticia los habitantes de Damasco, encierran en el gimnasio á diez mil judíos, y les cortan la cabeza (10 de Noviembre).

¡Cómo pesaba á la sazón sobre Israel la sangre del Justo inmolado!

Pensando con exactitud los judíos que no se haría esperar largo tiempo la venganza de Roma, se pusieron en estado de defensa (67), y eligieron muchos gobernadores, entre cuyo número se encontraba Josefo, el historiador de los acontecimientos, cuya narración nos ocupa. Neron confió esta expedición á Vespasiano, que habiendo reunido en Siria todas las fuerzas romanas y las de los aliados, comenzó la guer-

ra en unión de su hijo Tito, á la cabeza de un ejército que no pasaba de sesenta mil hombres. Habiendo entrado en Galilea asediaron á Jotapat tomándola tras una horrible matanza. Josefo, que tenía allí el mando, se había refugiado á una caverna, donde fué descubierto. Entonces imploró la misericordia de Vespasiano, quien le trató generosamente, y obtuvo en cambio servicios y lisonjas.

Otras ciudades cayeron del mismo modo, y fué avasallada toda la Galilea. Si á lo menos la gravedad de las circunstancias hubiera dado á conocer á los judíos la necesidad de olvidar sus divisiones y de unirse en un patriotismo generoso contra el comun enemigo, quizá se hubieran libertado de los desastres que les abrumaron con enorme peso; pero al revés, cada vez se encarnizaban más los partidos; contrarias opiniones les hacían venir de continuo á las manos, queriendo salvar unos á la patria con un próximo sometimiento, y no respirando los celosos más que guerra, y se multiplicaban atrocidades que se creían necesarias para la salvación comun en nombre de Dios y de la patria.

No sólo se hacía la guerra en las calles, sino también en el seno de las familias; era el padre enemigo del hijo, el hermano tendía asechanzas al hermano. Lanzándose los celosos á Jerusalem, dirigidos por Zacarias y por Eleazar ocuparon el templo; mas asaltados por el pueblo se retiraron al último recinto. El gran sacerdote Anan les envió en clase de parlamentario un hombre manchado con muchos delitos, que fingía pertenecer al partido moderado; llamábase Juan de Giscala: en vez de inducirles á entrar en acomodos, les aconsejó oponer resistencia y llamar en su socorro á los idumeos; verificáronlo así, é inmediatamente aparecieron bajo los muros de Jerusalem veinte mil de aquellos auxiliares, profiriendo amenazas contra Anan y los suyos, á quienes llamaban vendidos á los romanos y traidores á la patria. Penetraron en la ciudad auxiliados por una salida de los celosos. Aquellos que saben lo que son las guerras civiles pueden imaginar los horrores con que fué manchada Jerusalem entonces, donde el terror era el sentimiento dominante.

Anan, único hombre capaz de contener á los partidos y de enderezarlos al bien comun, fué

muerto en el tumulto (69), y cuando se retiraron los idumeos poseídos de espanto al aspecto de la sangre vertida, quedó expedito el campo á los celosos para entregarse á nuevas atrocidades. En breve volvieron las armas unos contra otros, y divididos en dos facciones unos combatían y otros sustentaban á Juan de Giscala. Sólo concordaban en la ruina de la patria, y durante aquel tiempo talaban las campañas las hordas mandadas por Simon de Goria, mozo audaz y ambicioso, en torno del cual se agrupaban los esclavos por conquistar su libertad, los hombres libres por obtener recompensas, y hasta personas de consideración por seguridad de sus bienes.

Obedecido Simon como un monarca, se arroja sobre la Idumea y se apodera de ella, merced á los traidores que le prestan ayuda; precedido por la devastación y el espanto llega á asediar á Jerusalem. Dentro de sus muros se habían refugiado los idumeos fugitivos; pero no pudiendo soportar la barbarie de Juan de Giscala se sublevaron y le encerraron en el templo. Temeroso el pueblo de que hiciera una salida, abrió las puertas de Jerusalem á Simon, y éste, maltratando igualmente á amigos y adversarios, estrechó con nuevo vigor el asedio del templo.

Vespasiano, á quien se censuraba por su lentitud, dijo: *Los judíos me allanan el camino para conquistar la Palestina.* En efecto, cuando vió el país agotado puso manos á la obra. Después de haberse apoderado de las plazas circunvecinas marchó sobre Jerusalem, y llamado al imperio, dejó á Tito el cuidado de tomar la ciudad, interin se dirigía á Roma á restablecer el orden.

En la ciudad santa, ó más bien en el recinto del templo, Eleazar, que pertenecía á la casta sacerdotal y no carecía de habilidad, se había puesto al frente de los que pertenecían á las tropas de Juan de Giscala y profesaban horror á sus delitos (69), y mientras Simon recorría audazmente la ciudad con dos mil celosos y cinco mil idumeos, Eleazar y Juan urdían tramas uno contra otro. Juan ocupaba con seis mil hombres el átrio de los israelitas, manteniéndose con lo que saqueaba en sus salidas. Eleazar que se había atrincherado en el átrio de los sacerdotes con dos mil cuatrocientos

hombres, se alimentó con las ofrendas que el pueblo llevaba al templo, hasta el instante en que Juan llegó á desalojarle por traición de aquel punto, y se entendió con Simon para reunir sus esfuerzos contra el extranjero, sin suspender por eso sus querellas interiores.

A este tiempo (70) había acudido de todas partes extraordinaria muchedumbre para celebrar la Pascua en la ciudad santa. Tito aprovechó aquel momento para sitiaria, y procediendo con anhelo en los trabajos, rodeó á Jerusalem con un foso de circunvalación muy en breve.

Solo el fanatismo de los celosos y las promesas de los falsos profetas sustentaban el valor de una multitud en que el hacia tal riza, que hubo madres que degollaron á sus hijos para nutrirse con sus carnes. Agréguese á esto la epidemia; añádase el furor de los celosos, que ora por buscar víveres, ora por saciar su gusto de sangre, mutilaban y asesinaban implacablemente. Josefo, el historiador, fué enviado muchas veces á la ciudad por los romanos para atraer á los sitiados á un acomodo; pero como acaece comunmente á los desertores, era sospechoso á los romanos y á sus compatriotas. Por último, Tito juró el exterminio de aquella ciudad rebelde, declarándose inocente de los desastres que había acumulado ella voluntariamente sobre todos sus moradores. Cuantos judíos caían prisioneros eran crucificados por orden del clemente Tito. Se prometió la vida á todo el que se rindiera; pero apenas salieron en corto número algunos de aquellos infelices, implorando gracia, fueron asesinados por los romanos. Al abrir un soldado un cadáver halla dinero, y divulgándose al punto la noticia de que los judíos se tragan sus riquezas para ponerlas en salvo, son degollados todos los prisioneros, y se rebuscan tesoros en sus entrañas.

En breve es tomada la ciudad, y el vencedor pasa á cuchillo á todos sus habitantes; se interrumpe el sacrificio cotidiano, que no había cesado desde el tiempo de los Macabeos. Sufre también asalto el templo (17 de Julio de 70), y aunque Tito había recomendado salvar aquel notable edificio, un tizon encendido, arrojado allí casualmente, le prende fuego y queda reducido á cenizas. Así el símbolo material de la religión mosaica era presa de las llamas casi

al mismo tiempo que el Capitolio, centro de la religion pagana, como si una y otra hubieran querido ceder el puesto á la iglesia del Dios vivo.

Despues de la más obstinada resistencia cayeron prisioneros Juan y Simon, y fueron reservados para el triunfo con setecientos judíos de los de más nota. Ni el mismo Tito pudo reprimir el llanto, viendo el miserable estado de Jerusalem, atestada de cadáveres y de ruinas.

Todavía se defendieron algunos judíos en diferentes puntos fortificados. No pudiendo resistir por más tiempo los que se habian refugiado á Massada, mataron á las mujeres y á los niños, luego escogieron á diez de ellos para que mataran á los demas y por ultimo se quitaron la vida á sí propios. Esta guerra costó millon y medio de hombres animados do quiera que se encontraran del deseo de defender la libertad, la religion y el templo de Dios. Vespasiano mandó exterminar todo lo que restaba de la raza de Judá, á fin de quitar toda esperanza á los judíos que habian sobrevivido. El producto del botin le sirvió para construir el templo de la Paz en Roma, y colocó en su recinto el candelabro de oro con los demas despojos sagrados. Quiso que todos los judíos desparramados por el imperio estuviesen obligados á verter en el tesoro la suma que tenian costumbre de pagar por su contribucion para los gastos del santuario. Tito, delicia del género humano, pudo recrear al pueblo, ofreciéndola en el circo de Berita y de Cesarea el espectáculo de judíos acuchillándose recíprocamente y despedazados por fieras. Otros que habian sido llevados á Roma sirvieron de ornamentos á su magnífico triunfo, durante el cual fueron degollados los principales de ellos por reserva, segun costumbre, para los trabajos del Coliseo.

Nos adelantaremos á los tiempos para espiar las últimas señales de vida de este pueblo tan grande en la prosperidad y en los reveses. Cuando el emperador Adriano visitó la Judea, hizo que Jerusalem fuera reedificada, aunque prohibió expresamente la entrada á los judíos, á ménos que compraran á precio de oro el permiso de ir á llorar sobre las ruinas de su patria. Encargados por el emperador de fabricar armas para sus tropas, se sirvieron de ellas para insurreccionarse bajo la direccion de un tal Bar-

cocebas (*hijo de la estrella*), que se anunciaba por el Mesías, rey de victorias y de venganzas. Agrupáronse en torno suyo los judíos proclamándole el astro de Jacob, el centro de Israel, el elegido destinado á realizar la prediccion involuntaria de Balaam, á romper los cuernos de Moab, á destruir á los hijos de Seth. En un mismo instante se sublevaron en todas partes contra la dominacion extranjera con el furor del esclavo que quebranta sus hierros. Se extremece uno de horror al considerar las matanzas de que fueron ejecutores. Doscientos mil griegos fueron degollados en Cirene, doscientos cuarenta mil en Chipre, y gran cantidad en Egipto. Llevaron la barbarie hasta dividir en dos pedazos á sus víctimas con una sierra, devorar sus carnes, beber su sangre y ceñirse la frente con las entrañas de los que acababan de ser inmolados.

Disipó aquella tempestad la espada de los romanos destruyendo locas ilusiones; pero no lo alcanzaron sin derramar otra vez torrentes de sangre. Fueron muertos quinientos setenta y seis mil hebreos, tantos habia reunido la esperanza. Aquellos que sobrevivieron fueron vendidos en el mercado de Terebinto y de Gaza, ó arrastrados á Egipto, ó muertos parcialmente. Demolidas quedaron cincuenta plazas fuertes y novecientos ochenta y cinco aldeas. Entonces la ruina total del país arrancó á aquella nacion desventurada, no la esperanza, sino la posibilidad de volverse á levantar nunca.

A fin de extinguir su religion y la de los cristianos, se erigió un templo á los idolos en el lugar donde tenía asiento el templo antiguo; otro sobre el sepulcro de Cristo, y otro dedicado á Adonis en el sitio donde se hallaba el santo pesebre. Jerusalem cambió su nombre en el de Elia Capitolina, y tan completamente olvidado fué el primero, que habiendo dicho en tiempo de Diocleciano un mártir como era natural de Jesús de Jerusalem, ni el gobernador de la Palestina, ni ninguno de los asistentes supieron donde se hallaba situada una ciudad con semejante nombre.

Antonio el Piadoso dulcificó este rigor excesivo; y restituyendo á los judíos sus privilegios, les permitió circuncidar á sus hijos, aunque prohibiéndoles hacer prosélitos. Aun cuando proseguian desterrados de Jerusalem pudie-

ron formar en otros puntos sinagogas y asambleas y obtener los derechos de ciudadanos. Residiendo en Tiberiada pudo elegir el patriarca á los ministros dependientes suyos, percibir una contribucion de sus dispersos hermanos, ejercer una jurisdiccion doméstica; y la fiesta del *Purim*, es decir, del sacudimiento del yugo de Aman, se celebraba en las ciudades paganas con una solemnidad ruidosa. Apaciguados con aquella tolerancia los judíos, no hicieron estallar más su odio contra los extranjeros de otro modo que procurando engañarles en las operaciones de comercio, y profiriendo contra ellos las misteriosas imprecaciones consignadas en la Biblia contra los hijos de Edom.

Constantino estableció el verdadero culto en la ciudad donde se habian cumplido los misterios de la redencion; posteriormente Juliano el Apóstata procuró hacer revivir la nacionalidad judia para desmentir la profecia de Cristo; pero aunque de todas partes acudieran los judíos á su llamamiento, y contribuyeran con sus riquezas particulares á aquella especie de reedificacion nacional, quedó totalmente interrumpida. Justiniano elevó la iglesia de Jerusalem á la dignidad patriarcal. Cuando Chosroes, rey de Persia, ocupó aquella ciudad, vendió á los judíos noventa mil prisioneros cristianos á quienes dieron muerte. En breve los persas fueron expulsados por Heraclio; pero nueve años más tarde el califa Omar, segundo sucesor de Mahoma, asedió á Jerusalem y se apoderó de ella. Domináronla los musulmanes hasta la época en que para libertarla, enarboló Europa la cruz y se arrojó sobre Asia.

El pueblo hebreo, á quien uno de sus filósofos ha llamado pontífice y profeta de todo el género humano, fué el custodio de la tradicion santa; predicó una doctrina que proclamaba el bien de la vida y de la esperanza, cuando los demas orientales, en su misticismo, consideraban la muerte como un beneficio divino, y situaban la verdadera vida en las ciudades subterráneas, y fué grande mientras la unidad nacional de Israel sirvió de símbolo á la unidad de la fé. Cuando en tiempo de Roboam se dividieron las tribus, el nuevo reino de Sicheim ó de Samaria dió márgen á una excision en los dogmas religiosos, no ménos que en la asociacion politica, y el monte Garitzim, que vino á ser

rival de la montaña de Sion, tanto para el culto como para el gobierno, levantó idolos en frente del arca del Señor. Hizo la reaccion que cierto número de fieles se atuviera más estrictamente á la letra de la ley, restringiendo su sentido; éste dió nacimiento al verdadero judaismo y á la secta de los fariseos. De aquí las disputas en las escuelas, las disensiones en el seno de las familias, las luchas sobre el campo de batalla, la dispersion y la servidumbre; de aquí las reconvencciones de los profetas y la confusion de la política y de la fé.

Aquellas disidencias con motivo del significado y de la aplicacion de la ley, no podian ménos de ser extremadamente funestas á un pueblo gobernado por la ley rigurosamente. Por eso todas las querellas de los judíos entre sí y con los extranjeros, se presentan á nuestros ojos bajo un aspecto religioso, á contar desde la salida de Egipto hasta el tiempo en que vivió Herodes. Este, por interés político, favorecia las costumbres y el poder de los extranjeros, á quienes era deudor de la corona, con detrimento de la nacionalidad judia; y al revés los doctores, se adherian al sentido de la ley más obstinadamente, exageraban el celo hácia las prácticas exteriores, hácia la observacion minuciosa de la letra muerta.

Ahora bien: la letra prometia un Mesías vencedor y triunfante; de consiguiente, se negaron á reconocerle en el hijo del humilde artesano, en el que muerto á sus manos, cambió para ellos en tesoro de cólera las riquezas de la misericordia, y cuando llegó á colmo la medida de sus delitos, arrancó su viña del terreno ingrato, que no producía más que amargos frutos.

Cumplida su mision calló Jerusalem; rompióse la corteza cuando se desarrolló la idea que encerraba, cuando no bastó ya un símbolo inmovible, con un templo hecho por mano del hombre. Despues de alguna tentativa para reconstruir su ciudad y su nacionalidad, se dispersaron los infelices judíos por la superficie de la tierra; pero puestos á prueba con tantos reveses, perseguidos por los gentiles, por los cristianos, por los mahometanos, no renunciaron ni á su religion ni á la esperanza, aún ahora, el día en que su templo fué reducido á cenizas (9 de Abril), ayunan rigorosamente; y dedi-

cándose á la industria, al trabajo, continuando en la observancia de su ley, viven confiados en que aquel Dios, que les sacó en otro tiempo del cautiverio de Babilonia, hará aún resplandecer su día.

Este día será aquel en que la sangre vertida por sus padres, caiga sobre los hijos como señal de perdón y de redención.

CAPITULO VII

Los Flavios.

En medio de la medianía universal, parecieron de tan grande éxito la expedición llevada á buen término por Tito y la sumisión de una nación, que Vespasiano se mostró celoso hasta de su propio hijo. Pero éste acudió á su lado, diciéndole: *Hé llegado, vedme aquí, padre mio,* y cesando de acreditar recelos Vespasiano, le asoció al poder tribunicio, le confirió el mando de la guardia pretoriana, y le permitió triunfar con la mayor magnificencia. Entonces fué cuando se levantó el arco que todavía lleva el nombre de Tito, monumento que, con la clausura del templo de Jano y la creación del templo de la Paz, atestiguó el fin de las guerras.

Pero no tardó en hacer que renaciera otra Cesenio Pæto, gobernador de la Siria; deseoso de señalarse en alguna expedición militar, hizo á Antioco rey de Comagena, sospechoso á los ojos del emperador, quien le encargó marchara inmediatamente en contra suya. Ocupó, pues, este reino reduciéndolo á provincia bajo el nombre de Eufratesiana. Vino á ser también Grecia, á la cual Neron había emancipado, provincia con la Licia, la Tracia, la Cilicia, Rodas, Bizancio y Samos. Habiendo empezado á desembocar los alanos de las comarcas situadas entre el Tanaís y los Palus-Meótidas, y á hacer incursiones en el territorio de los medos y de los armenios, Vologeso, rey de los partos, invocó contra ellos el socorro de Vespasiano; pero se lo negó dándose la enhorabuena de que aquellos terribles vecinos encontraran por otro lado en qué ocuparse.

Dióse el gobierno de Bretaña á Cneo Julio Agrícola, quien mereció tener por panegirista á Tácito, su yerno. Nacido en Frejus en la Galla Narbonense, estudió en Marsella filosofía y jurisprudencia más de lo que para un romano y

senador parecía conveniente. Se habituó al arte militar en Bretaña. Nombrado tribuno del pueblo en Roma, se abstuvo de obrar por no infundir á Neron sospechas. Encargado por Galba de cerciorarse de las ofrendas hechas á los templos, puso término á las acusaciones de sacrilegio; su madre fué muerta por los soldados de Oton en Vintimilla; se puso de parte de Vespasiano, y obtuvo el mando de la vigésima legión empleada en la Bretaña. Vuelto á aquella comarca, puso coto á las expediciones de los montañeses; habiendo intentado la isla de Mona (*Anglesey*) reconquistar su independencia, la atacó sin naves, cruzando el canal á nado con sus tropas, y para quitar toda ocasión á futuras sublevaciones, reprimió la licencia militar, tuvo cuidado de que reinase la justicia y no el espanto, de que los empleos fueran conferidos á personas honradas, castigó á los prevaricadores, disminuyó los impuestos, exforzándose á fin de que se sintiera lo ménos posible la servidumbre. Durante los años siguientes (78-85), continuó haciendo nuevas conquistas ó consolidando las antiguas; auxiliado en efecto por la inconstancia y la desunión de los bárbaros, que combatiendo aisladamente, quedaban avasallados unos en pos de otros, se adelantó hasta la embocadura del Tay, hasta las orillas del Clido, y del Forth, hasta se preparaba á desembarcar en Irlanda, que por la creencia en que se hallaba de estar situada entre la Bretaña y la España, hubiera facilitado sus comunicaciones. Recelosos los caledonios á consecuencia de sus triunfos, redoblaron sus esfuerzos en contra suya y le aguardaron en número de treinta mil por lo ménos, á la falda de los montes Grampianos bajo el nombre de Galgaco, si bien fueron totalmente derrotados. Agrícola dió vuelta á Bretaña y subyugó las Orcades; y merced á su persona, una guerra comenzada bajo el emperador más estúpido, proseguida bajo el emperador más libertino, y terminada bajo el emperador más miedoso, proporcionó al imperio el único engrandecimiento que recibió durante el primer siglo. Pero no aguantaron durante mucho tiempo el extranjero yugo aquellas ásperas montañas donde se perpetúa un borrascoso invierno, aquellos lagos cubiertos de espesa niebla, las frías selvas en que salvajes desnudos iban á caza de ciervos.

En tanto respiraba Roma después de tantas atrocidades y locuras, aunque no habían cesado enteramente los suplicios. Helvidio Prisco de Terracina, había estudiado filosofía, no para cubrir con este nombre una inercia voluptuosa, sino para ocupar más dignamente las magistraturas, y se había casado con la hija de Tra-seas Pæto, generoso ciudadano, que le dejó por herencia su constancia en obrar bien y decir la verdad. Desterrado al tiempo de la muerte de su suegro, vuelto á llamar después por Galba, no cesó en su celo por la libertad de oponerse á los actos arbitrarios de este emperador y de sus sucesores. Permittedse, pues, enérgicas frases contra Vespasiano sin incurrir en ninguna pena; habiendo celebrado públicamente el nacimiento de Bruto y de Casio, exhortando al pueblo á que los imitara, mandó el emperador que se le pusiera preso, aunque le restituyó la libertad muy en breve. No cambiando por eso de modo de pensar Helvidio, ni moderando su lenguaje fué al fin desterrado; como clamara luego contra el emperador con todas sus fuerzas, el Senado decretó su muerte. Vespasiano envió órdenes á toda prisa para que se suspendiera la ejecución, pero Muciano ó la casualidad hizo que llegaran tarde.

Al ver las alabanzas que Tácito, Plinio el Joven y Juvenal prodigan á este héroe imprudente, nos sentimos inclinados á hacer tristes reflexiones sobre los medios á que se ve obligada á apelar la virtud cuando carece de los recursos legítimos que al abuso del poder deben oponerse.

Fué urdida una conjuración contra Vespasiano por Cæcina, Eprío, Marcelo, espía de Neron, y muchos pretorianos; pero habiendo sido descubierta la trama. Marcelo se anticipó á su condena quitándose la vida; luego como no bastase para pronunciar la de Cæcina haberle hallado encima la proclama preparada para sublevar á los soldados, le convidó Tito á una cena y mandó que fuera asesinado; género de procedimiento muy expeditivo.

Sintiendo Vespasiano acercarse la muerte, dijo: *Creo que me transformo en dios*, burlándose de este modo de la dignidad que discernían á sus príncipes los romanos. Mostróse tranquilo hasta el postrer instante (24 de Junio de 79), y como hiciera esfuerzos para levantarse, exclamó:

Un emperador debe morir en pie, espiró á la edad de sesenta y ocho años, después de diez de reinado.

Era uso representar en los funerales de los magnates comedias en que salía á la escena la muerte, y á menudo de una manera jocosa. Al tiempo de celebrarse los funerales de Vespasiano, el bufon que hacia el papel del emperador difunto, preguntó á los mayordomos de su casa cuánto costarían sus exequias; y al saber la enorme suma que á ellas destinaba Tito, repuso: *Dadme ese dinero, y arrojad el cuerpo al Tiber si bien os place*. No obstante, Roma podía considerarse venturosa si no hubiera tenido que echar en cara más que su avaricia al sucesor de Neron y de Tiberio. La grandeza y la majestad, dice Plinio, no produjeron en él otro efecto que el de adquirir el poder de hacer el bien igual al deseo que tenía de ello.

Sucedióle Tito, su hijo. Educado con Británico, se hizo muy hábil en elocuencia, en el arte de los versos, y todavía más en el de la guerra. En vida de su padre su codicia y su ufanía inducían á que se concibieran de su persona esperanzas poco lisonjeras. Apoyaba cerca del emperador á todo el que le ofrecía dinero; si estaba malquisto contra alguno, hacia pedir su muerte en el teatro ó en el campo de Marte por personas asalariadas; en fin, tanto los romanos como los judíos miraban de reojo sus amores con Berenice, hermana del príncipe judío Agripa II; unos por miedo á una emperatriz extranjera, otros escandalizados de que una princesa, compatriota suya, se amenguara hasta el extremo de recibir los abrazos del destructor de su nación.

Pero ascendido al imperio Tito envió á Berenice fuera de Italia, á pesar del amor que la profesaba. No sólo no irrogó ningún perjuicio á su hermano Domiciano, intrigante y disoluto, sino que le ofreció partir con él la autoridad suprema. Confirmó con un edicto las prerogativas otorgadas por sus antecesores á las personas ó á las ciudades. Siempre tenía el pueblo fácil acceso para hablarle, incluso cuando se hallaba dentro del baño. Tocándole dar juegos invitó á los ciudadanos á decirle cuándo y cómo los deseaban; y en su porte, la afabilidad no perjudicaba en lo más mínimo al decoro. Como se le censurase su demasiada facilidad en otor-